

El tipo, en fin, era el del habitante antiguo de aquellos lugares, no mezclado para nada con la raza conquistadora. Llamábanle el tío Francisco. Era el modelo de los esposos y de los padres de familia. Había sido acomodado en su juventud; y aunque ciego después y combatido por la más grande miseria, había opuesto á estas dos calamidades tal resignación, tal fuerza de espíritu y tal constancia en el trabajo, que se había hecho notable entre los montañeses, quienes le señalaban como el modelo del varón fuerte. La rectitud de su conciencia, y su instrucción no vulgar entre aquellas gentes, así como su piedad acrisolada, le habían hecho el consultor nato del pueblo, y á tal punto se llevaba el respeto por sus decisiones, que se tenía por inapelable el fallo que pronunciaba el tío Francisco en las cuestiones sometidas á su arbitraje patriarcal. No pocas veces

las autoridades acudían á él en las graves dificultades que se les ofrecían; y su pobre cabaña en la que se abrigaba su numerosa familia, sujeta casi siempre á grandes privaciones, estaba enriquecida por la virtud y santificada por el respeto popular. El anciano indígena era el único, ántes de la llegada del cura, que dirimía las controversias sobre tierras, á quien se llevaban las quejas de las familias, de consultas sobre matrimonios y sobre asuntos *de conciencia*, y jamás un vecino tuvo que lamentarse de su decisión, siempre basada en un riguroso principio de justicia. Después de la llegada del cura, éste había hallado en el tío Francisco su más eficaz auxiliar en las mejoras introducidas en el pueblo, así como su más decidido y virtuoso amigo. En cambio, el patriarca montañés profesaba al cura un cariño y una admiración extraordinarios; gustaba mucho de oírle

hablar sobre religion, y se consolaba en las penas que le ocasionaban su ceguera y su pobreza, escuchando las dulces y santas palabras del jóven sacerdote.

La otra persona era la mujer del tio Francisco, una virtuosísima anciana, indígena tambien y tan resignada, tan llena de piedad como su marido, á cuyas virtudes añadia las de un corazon tan lleno de bondad, de una laboriosidad tan extremada, de una ternura maternal tan ejemplar y de una caridad tan ardiente, que hacian de aquella singular matrona una santa, un angel. El pueblo entero la reputaba como su joya mas preciada, y tiempo hacia que su nombre se pronunciaba en aquellos lugares como el nombre de un genio benéfico. Se llamaba la tia Juana, y tenia siete hijos.

El cura, que me daba todos estos informes, me decia :

— No conocí á mi virtuosa madre; pero tengo la ilusion de que debió parecerse á esta señora en el carácter, y de que si hubiera vivido habria tenido la misma serena y santa vejez que me hace ver en derredor de esa cabeza venerable una especie de aureola. Note usted ; qué dulzura de mirada, qué corazon tan puro revela esa sonrisa ! ; qué alegria y resignacion en medio de la miseria y de las espantosas privaciones que parecen perseguir á estos dos ancianos ! Y esta pobre mujer, envejecida más por los trabajos y las enfermedades que por la edad, flaca y pálida ahora, fué una jóven dotada de esa gracia sencilla y humilde de las montañesas de este rumbo, y que ellas conservan, como vd. ha podido ver, cuando no la destruyen los trabajos, las penas y las lágrimas.

Sin embargo, el cielo, que ha querido afligir á estos desventurados y virtuosos

viejos con tantas pruebas, les reserva una esperanza. Su hijo mayor está estudiando en un colegio, hace tiempo; y como el muchacho se halla dotado de una energía de voluntad verdaderamente extraordinaria, á pesar de los obstáculos de la miseria y del desamparo en que comenzó sus estudios, pronto podrá ver el resultado de sus afanes y traer al seno de su familia la ventura, tan largo tiempo esperada por sus padres. Tan dulce confianza alegra los días de esa familia infeliz, digna de mejor suerte.

Al acabar de decirme esto el cura, se acercó á él la misma señora de edad que lo habia llamado aparte y hablándole cuando llegamos al pueblo. Iba seguida de una jóven hermosísima, la mas hermosa tal vez de la aldea. La examiné con tanta atencion, cuanto que la suponía, como era cierto, la heroina de la historia de amor que iba á

desenlazarse esa noche, segun me anunció el cura.

Tenia como veinte años, y era alta, blanca, gallarda y esbelta como un junco de sus montañas. Vestía una finísima camisa adornada con encajes, segun el estilo del país, enaguas de seda de color oscuro; llevaba una pañoleta de seda encarnada sobre el pecho, y se envolvía en un rebozo fino, de seda tambien, con larguísimos flecos morados. Llevaba ademas, pendientes de oro; adornaba su cuello con una sarta de corales y calzaba zapatos de seda muy bonitos. Revelaba, en fin, á la jóven labradora, hija de padres acomodados. Este traje gracioso de la vírgen montañesa, la hizo mas bella á mis ojos, y me la representó por un instante como la Ruth del idilio bíblico, ó como la esposa del *Cantar de los Cantares*.

La jóven bajaba á la sazón los ojos, é

inclinaba el semblante llena de rubor; pero cuando lo alzó para saludarnos, pude admirar sus ojos negros, aterciopelados y que velaban largas pestañas, así como sus mejillas color de rosa, su nariz fina y sus labios rojos, frescos y sensuales. ¡Era muy linda!

¿Qué penas podría tener aquella encantadora montañesa? Pronto iba á saberlo, y á fé que estaba lleno de curiosidad.

La señora mayor se acercó al cura y le dijo:

— Hermano, vd. nos habia prometido que Pablo vendria... ¡y no ha venido! La señora concluyó esta frase con la mas grande afliccion.

— Sí: ¡no ha venido! repitió la jóven, y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Pero el cura se apresuró á responderles.

— Hijas mias, yo he hecho lo posible, y tenia su palabra; pero ¿acaso no está entre los muchachos?

— No, señor, no está, replicó la jóven; ya lo he buscado con los ojos y no lo veo.

— Pero, Cármen, hija, añadió el alcalde, no te apesadumbres, si el hermano cura te responde, tú hablarás con Pablo.

— Sí, tio; pero me habia dicho que seria hoy, y lo deseaba yo, porque vd. recuerda que hoy hace tres años que se lo llevaron, y como me cree culpable, deseaba yo en este dia pedirle perdon... ¡Harto ha padecido el pobrecito!

— Amigo mio, dije yo al cura, ¿podria vd. decirme qué pena aflige á esta hermosa niña y por qué desca ver á esa persona? Vd. me habia prometido contarme esto, y mi curiosidad está impaciente.

— ¡Oh! es muy fácil, contestó el sacerdote; y no creo que ellas se incomoden. Se trata de una historia muy sencilla, y que referiré á vd. en dos palabras, porque la sé por esta muchacha y por el mancebo en cuestion. Siéntense vds., hijas mias, mientras refiero estas cosas al señor capitán, añadió el cura, dirigiéndose á la señora y á Cármen, quienes tomaron un asiento junto al alcalde.

— Pablo era un jóven huérfano de este pueblo, y desde su niñez habia quedado á cargo de una tia muy anciana, que murió hace cuatro años. El muchacho era trabajador, valiente, audaz y simpático, y por eso lo querian los muchachos del pueblo; pero él se enamoró perdidamente de esta niña Cármen, que es la sobrina del señor alcalde, y una de las jóvenes mas virtuosas de toda la comarca.

Cármen no correspondió al efecto de

Pablo, sea por que su educacion, extremadamente recatada, la hiciese muy tímida todavía para los asuntos amorosos, sea, lo que yo creo mas probable, que la asustaba la lijereza de carácter del jóven, muy dado á galanteos, y que habia ya tenido varias novias á quienes habia dejado por los mas ligeros motivos.

Pero la esquivez de Cármen no hizo mas que avivar el amor de Pablo, ya bastante profundo, y que él ni podia ni trataba de dominar.

Seguia á la muchacha por todas partes, aunque sin asediarla con importunas manifestaciones. Recogia las mas exquisitas y bellas flores de la montaña, y venia á colocarlas todas las mañanas en la puerta de la casa de Cármen, quien se encontraba al levantarse con estos hermosos ramilletes, adivinando por supuesto qué mano los habia colocado allí. Pero todo era en vano:

Cármen permanecía esquiva y aun aparentaba no comprender que ella era el objeto de la pasión del joven. Este, al cabo de algún tiempo de inútil afán, se apesadumbró, y quizás para olvidar, tomó un mal camino, muy mal camino.

Abandonó el trabajo, contentóse con ganar lo suficiente para alimentarse y se entregó á la bebida y al desorden. Desde entonces aquel muchacho tan juicioso antes, tan laborioso, y á quien no se le podía echar en cara mas que ser algo ligero, se convirtió en un perdido. Perezoso, afecto á la embriaguez, irascible, camorrista y valiente como era, comenzó á turbar con frecuencia la paz de este pueblo, tan tranquilo siempre, y no pocas veces, con sus escándalos y pependencias, puso en alarma á los habitantes y dio que hacer á sus autoridades. En fin, era insufrible, y naturalmente se atrajo la malevolencia de los

vecinos, y con ella la frialdad, mayor todavía, de Cármen, que si compadecía su suerte, no daba muestras ningunas de interesarse por cambiarla, otorgándole su cariño.

Por aquellos dias justamente llegué al pueblo, y como es de suponerse, procuré conocer á los vecinos todos. El señor alcalde presente, que lo era entonces tambien, me dió los mas verídicos informes, y desde luego me alegré mucho de no encontrarme sino con buenas gentes, entre quienes, por sus buenas costumbres, no tendria trabajo en realizar mis pensamientos. Pero el alcalde, aunque con el mayor pesar, me dijo que no tenia mas que un mal informe que añadir á los buenos que me habia comunicado, y era sobre un muchacho huérfano, antes trabajador y juicioso, pero entonces muy perdido, y que además estaba causando al pueblo el grave mal de

arrastrar á otros muchachos de su edad por el camino del vicio. Respondí al alcalde que ese pobre jóven corria de mi cuenta, y que procuraria traerlo á la razon.

En efecto, lo hice llamar, lo traté con amistad, le dí excelentes consejos; él se conmovió de verse tratado así; pero me contestó que su mal no tenia remedio, y que habia resuelto mejor desterrarse para no seguir siendo el blanco de los odios del pueblo; pero que era difícil para él cambiar de conducta.

La obstinacion de Pablo, cuyo origen comprendia yo, me causó pena, porque me reveló un carácter apasionado y enérgico, en el que la contrariedad, lejos de estimularle, le causaba desaliento, y en el que el desaliento producía la desesperacion. Fueron, pues, vanos mis esfuerzos.

Yo sabia muy bien lo que Pablo necesitaba para volver á ser lo que habia sido. La esperanza en su amor habria hecho lo que no podia hacer la exhortacion más elocuente; pero esta esperanza no se le concedia, ni era fácil que se le concediese, pues cada dia que pasaba, Cármen se mostraba mas severa con él, á lo que se agregaba que la señora madre de ella y el alcalde su tio, no cesaban de abominar la conducta del muchacho, y decian frecuentemente que primero querian ver muerta á su hija y sobrina, que saber que ella le profesaba el menor cariño.

Ademas, como los mancebos mas acomodados del pueblo deseaban casarse con Cármen, y solo los contenia para hacer sus propuestas el miedo que tenian á Pablo, cuyo valor era conocido y cuya desesperacion le hacia capaz de cualquiera locura, se hacia urgente tomar una providencia

para desembarazarse de un sugeto tan pernicioso.

Pronto se presentó una oportunidad para realizar este deseo de los deudos de Cármen. Había estallado la guerra civil, y el gobierno había pedido á los distritos de este Estado un cierto número de reclutas para formar nuevos batallones. Los prefectos los pidieron á su vez á los pueblos, y como éste es pequeño, su gente muy honrada y laboriosa, la autoridad solo exigió al alcalde que le mandase á los vagos y viciosos. Ya conoce usted la costumbre de tener el servicio de las armas como una pena, y de condenar á él á la gente perdida. Es una desgracia.

— Y muy grande, respondí: semejante costumbre es nociva, y yo deseo que concluya cuanto antes esta guerra, para que el legislador escogite una manera

de formar nuestro ejército sobre bases mas conformes con nuestra dignidad y con nuestro sistema republicano.

— Pues bien, continuó el cura. Por aquellos dias, la antevíspera de la Nochebuena, se presentó aquí un oficial con una partida de tropa, con el objeto de llevarse á sus reclutas. El pueblo se conmovió, temiendo que fueran á diezmarse las familias, los jóvenes se ocultaron y las mujeres lloraban. Pero el alcalde tranquilizó á todos diciendo que el prefecto le daba facultad para no entregar mas que á los viciosos, y que no habiendo en el lugar mas que uno, que era Pablo, ese seria condenado al servicio de las armas. É inmediatamente mandó aprehenderlo y entregarlo al oficial.

Dióme tristeza la disposicion del alcalde cuando la supe, pero no era posible evitarla ya, y ademas la aprehension de Pablo,